

pando, como el vampiro, trabajo vivo, y que engorda tanto más cuanto más absorbe».

Marx cree que el régimen capitalista no se remonta mas allá del siglo décimo-sexto, cuando los grandes propietarios, apoderándose poco á poco de las tierras de los pequeños cultivadores, enviaron á las ciudades una población excesiva, libre, pero privada de medios de subsistencia y obligada, por consiguiente, á alquilar sus brazos. La supresión de los oficios y la invención de las máquinas han favorecido el desenvolvimiento de la gran industria, en que algunos capitalistas emplean un número creciente de proletarios. Cada aumento de capital lleva consigo un aumento proporcional en el número de trabajadores. «La acumulación de la riqueza, en uno de los polos de la sociedad, marcha paralelamente con la acumulación, en el otro polo, de la miseria, de la servidumbre y de la degradación moral de la clase que con su producto hace nacer el capital». La producción mediante el capital no es, en concepto de Marx, sino una fase, una categoría histórica en el desenvolvimiento de la humanidad. El sistema de la producción capitalista será sustituido, en un porvenir más ó menos próximo, por un sistema más equitativo, en que no haya capitalistas ni asalariados, que ponga fin á la anarquía de la concurrencia ilimitada y que permita á todos los hombres producir en las mismas condiciones. Tal será el sistema de la explotación colectiva por el Estado ó por la sociedad *socializada*. El producto del trabajo no enriquecerá entonces á un reducido número de personas. Deducidos los gastos de conservación de la propiedad colectiva, se distribuirá el resto por el Estado ó por la sociedad. En su implacable requisitoria contra el capital, el célebre socialista acumula multitud de citas y datos estadísticos: la industria inglesa, que conoce muy bien, se los proporciona en abundancia, y él los agrupa con mucha habilidad. Advirtamos, finalmente, que no se limita á combatir la propiedad privada bajo la forma de capital, sino que, remontándose á los orígenes históricos de toda propiedad privada, los encuentra en la violencia manifestada en el derecho de conquista, en la confiscación de las tierras de los campesinos, en la brutal explotación de las colonias, en los privilegios injustos otorgados por diversos derechos protectores, en la incautación y reparto de los bienes de la Iglesia. En este punto, Marx no hace sino repetir, con más aparato científico, lo dicho por Proudhon y otros socialistas y comunistas.

Ha pretendido Marx derribar las bases de la sociedad actual, apoyándose en los principios mismos de la Economía Política. Su esfuerzo ha sido gigantesco. Admitidas las premisas que sienta, es imposible sustraerse al rigor de sus razonamientos. Así, aquellos que profesan las teorías de Ricardo y Bastiat acerca del trabajo, no escapan á las conclusiones del marxismo sino incurriendo en inconsecuencia. Hay en las deducciones del socialista alemán una trabazón y una lógica de acero. Pero su punto de partida es falso unas veces, y otras parcial é incompleto. El trabajo, medido por su duración, es uno de los elementos del valor, pero no es el único. Dos cazadores salen al campo: uno mata

una liebre; otro mata un venado; el tiempo invertido por ambos es el mismo: ¿es igual, sin embargo, el valor de su trabajo? Un sastre tiene un corte elegante; otro, sin ser desmañado, no sobrepasa en este respecto el nivel común: los dos hacen un traje en el mismo tiempo: ¿es el mismo el valor del trabajo de uno y otro? Y en vez de dos sastres, figurémonos que se trata de dos ingenieros, de dos escultores, de dos pintores, de dos poetas. ¿Cuán diferente no podrá ser el valor del trabajo realizado por ellos en el mismo tiempo! Comprendiendo Marx que es imposible equiparar el trabajo que ejecutan en igual número de horas un peón de albañil, por ejemplo, un oficial de ebanista, un ajustador, dice que si el trabajo es más complicado, ó requiere aptitudes especiales, se mirará como un trabajo simple elevado á una potencia más alta. Pero desde luego se ocurre la dificultad de graduar esas potencias. ¿Cuál es la primera, y cómo se distinguirán las restantes? ¿Dónde está la unidad, para comparar entre sí las diferentes clases de trabajos? ¿A cuántas horas de trabajo de un peón de albañil, ó de un bracero agrícola, equivale una hora de trabajo de un moldeador ó de un tallista? El problema es insoluble.

Otro error de Marx es sostener que el capital es trabajo muerto, que no revive y no crece sino á expensas del trabajo vivo. Los productos de un trabajo anterior, aplicados á la producción de nuevos objetos, las máquinas, por ejemplo, son de por sí inertes: esto es innegable; pero si con su empleo, el mismo hombre dobla ó triplica los objetos producidos en el mismo tiempo, ¿cabrá decir que el capital es improductivo? Supongamos que, con un hacha de sílex, tardase un leñador veinticuatro horas en derribar un árbol y que, con un hacha de acero, derriba uno cada cuatro horas. El esfuerzo muscular será el mismo, mejor dicho, probablemente será menor en el segundo caso, no obstante lo cual, el resultado es seis veces mayor. ¿No deberá ponerse en la data del capital la ventaja obtenida? Los partidarios de Carlos Marx responderán que no hay aquí producción de valor, sino de utilidad; mas para esto es preciso admitir que el trabajo es la única fuente del valor, y ya hemos visto que no es así, y aún suponiendo por un instante que lo fuese, á los hombres lo que les interesa no es que haya muchos valores, sino que haya muchas utilidades. Con razón se ha dicho que cada vez que una utilidad onerosa se convierte en gratuita, la humanidad se enriquece. «Si el capital fuese improductivo, escribe Naquet, habría que preguntar por qué el hombre se ha ingeniado en formarlo. Es mucho más sencillo descansar y gozar, en vez de afanarse en edificar casas, levantar tinglados, construir máquinas, extraer la hulla del seno de la tierra y transportarla allí donde la industria la reclama».

No siendo el capital improductivo, no puede aceptarse que el *plus-valor* del producto, con relación al salario pagado por el patrono ó empresario, pertenezca por completo al trabajador. Hay que deducir de él la recompensa del capital y la retribución del trabajo personal del capitalista. Ahora, es indudable que, una vez cubiertos todos los gastos de

producción, una parte del resto debe corresponder al trabajo. Con el sistema actual, el trabajo no percibe esa parte. Si la recibiese, no sería tanta la opulencia de unos pocos y tan grande la pobreza de la mayor parte. Esto es lo que constituye la fuerza secreta del socialismo: se vé que la explotación del hombre por el hombre no ha cesado todavía. Lo difícil es determinar cuál sea esa parte que el capital detenta en perjuicio del trabajo, y qué ha de hacerse para que llegue á este último. Lograr una distribución más equitativa de la riqueza producida entre los elementos productores, tal es la cuestión. Los economistas creyeron resolverla, proclamando en todo y para todo el régimen de la libertad. Sin duda, la libertad es el derecho más sagrado del individuo y la primera condición de vida de los pueblos modernos; pero la libertad, en el terreno económico, y aún en el político, es ilusoria cuando las condiciones no son iguales. El problema social es esencialmente jurídico. Por desgracia, hasta hoy, apenas se ha salido del terreno de las utopías ó de los tanteos, no siempre afortunados, para dar con la clave del enigma.

El colectivismo empeoraría la situación en vez de remediarla. Hay fines de la actividad humana, precisamente los más elevados, la literatura, el arte, la ciencia, que no se sabe cómo hacer compatibles con la organización colectivista de la sociedad. Mas no es esto sólo; aun ciñéndonos á la esfera económica, puede afirmarse que los resultados de tal sistema serían funestos. Como en el seno del organismo biológico cada célula, dice Novicoff, se esfuerza por vivir á expensas de las otras, esto es, á convertirse en parásita, del mismo modo, en las sociedades, los individuos y los grupos se esfuerzan por vivir á expensas de sus vecinos. La razón es obvia. El trabajo es penoso, aunque se afirme lo contrario, porque supone un consumo de energía vital, que va acompañado necesariamente de dolor y cansancio. Por eso abundan tanto los holgazanes. Sin la responsabilidad personal, que hace recaer sobre nosotros las consecuencias de nuestra conducta, no trabajaríamos, ó trabajaríamos mucho menos. Las excepciones que cabe señalar no desvirtúan la verdad del principio. Hay hombres que trabajan, no por necesidad, sino por deber, hombres en quienes el sentimiento de éste es bastante poderoso para sobreponerse al egoísmo de la naturaleza; la satisfacción de orden superior que experimentan les compensa, con creces, la fatiga del trabajo. Pero también hay héroes y hay mártires, y sin embargo, no va á suponerse en la inmensa mayoría el valor del héroe ni la abnegación del mártir. Pues bien, debilitada la idea de la responsabilidad personal, la propensión al parasitismo cobraría extraordinario incremento en la sociedad colectivista. Después de todo, esa tendencia á ser carga de los demás late en el fondo de algunas de las reivindicaciones de los trabajadores. No piden éstos solamente justicia, sino también privilegios; tratan menos de abolir el régimen de la explotación que de transformarlo en su provecho. Se equivocan, sin embargo, si creen que ese impulso de abajo arriba se detendría en ellos. Sin más que mirar á su alrededor, pueden ver las pretensiones que ostentan

tan ya los simples braceros, enfrente de la aristocracia representada por los oficios mejor retribuidos.

El colectivismo profesa odio á muerte al Estado actual, cuya destrucción se propone, por más que no diga con qué piensa reemplazarlo. El socialismo de Estado no sólo respeta dicho Estado, sino que aspira á robustecer su acción; su ideal es conseguir la distribución más equitativa de la riqueza de que antes hablamos, y, en general, el mejoramiento de las clases obreras, mediante reformas legislativas realizadas paulatinamente. Su tendencia es sana, porque siendo el problema planteado esencialmente jurídico, es natural buscar su solución en la ley, expresión del derecho, y en el Estado, órgano del mismo. Ciertamente es que con esto parece no lograrse más que trasladar la cuestión á otro terreno, puesto que al querer investigar la misión y los límites del derecho, se reproducen las dificultades y discusiones; pero, partiendo del punto de vista por todos admitido, de que el derecho es la regla del agregado social, y que la vida de un agregado es incompleta ó defectuosa cuando hay hipertrofia en unos órganos y atrofia en otros, se ve que no se trata de un simple juego de palabras.

Los orígenes del socialismo de Estado se encuentran también en Alemania. Los socialistas de cátedra, con su crítica acerba de la Economía ortodoxa, le han dado impulso; Bismarck, enemigo acérrimo del socialismo revolucionario, lo acogió favorablemente; el emperador Guillermo II se ha inspirado en él, y todos los gobiernos han cedido más ó menos á su influjo. Entre los iniciadores del sistema incluyen sus defensores á Lassalle, aunque los partidarios del célebre agitador prusiano se confundieran después con los marxistas. Nació Fernando Lassalle en Breslau: como la de Carlos Marx, su familia era israelita. Estudió á fondo la Filología, la Filosofía y el Derecho. En Filosofía tuvo á Hegel por maestro: en política se afilió al grupo democrático más radical. Habiendo concebido el proyecto de escribir la historia de la Filosofía Jónica, para reunir materiales y llevado al par del deseo de conocer la gran ciudad donde entonces fermentaban todas las ideas nuevas, hizo dos viajes á París en mil ochocientos cuarenta y cinco. Á fines de este mismo año, conoció en Berlín á la condesa Sofía de Hatzfeld, que debía ejercer influencia decisiva en su destino. Sus ideas le pusieron en contacto con Carlos Marx, que á la sazón dirigía un periódico socialista. Lassalle colaboró en esta publicación. Al mismo tiempo, su ardiente carácter le impulsaba á la política activa, y cuando en mil ochocientos cuarenta y ocho surgió el conflicto entre la Cámara prusiana y el ministerio Manteuffel, trató de organizar en Dusseldorf la resistencia armada contra el gobierno. Perseguido criminalmente, compareció ante el jurado, defendiéndose con tanta audacia y elocuencia que fué absuelto; el tribunal correccional, empero, le impuso seis meses de prisión, por haber resistido á la policía. El tiempo que estuvo cumpliendo su condena, lo dedicó á profundizar las cuestiones sociales, yendo á la cárcel casi todas las

noches un obrero, con quien conversaba hasta hora muy avanzada. Lassalle era partidario hasta el fanatismo de la unidad germánica, y en mil ochocientos cincuenta y nueve publicó su folleto *La guerra de Italia y la misión de Prusia*, exponiendo á la democracia alemana el mismo plan que Bismarck debía proponer al rey Guillermo y realizar siete años más tarde. Ya por entonces, había salido de los moldes su estudio acerca de *Heráclito de Éfeso*, que le valió ser nombrado individuo de la Sociedad de Filosofía, y dos años después (mil ochocientos sesenta y uno), llamaba justamente la atención otra obra suya muy notable, intitulada *Sistema de los derechos adquiridos*. Agitábase en aquellos días la lucha entre los liberales prusianos y Bismarck, con motivo de la reorganización del ejército y del presupuesto de guerra, esforzándose los primeros en atraerse el apoyo de las clases obreras, sobre las cuales el economista Schulze-Delitzsch había ganado mucho ascendiente, organizando en toda la Alemania del Norte sociedades cooperativas de patronato, de crédito y de consumo. Schulze-Delitzsch quería que estas sociedades se bastasen á sí mismas: como economista ortodoxo, rechazaba el auxilio y la protección del Estado. Lassalle intervino en la contienda; presentóse como campeón del socialismo, y se entregó con febril actividad á la propaganda de sus ideas. En tres años que duró su apostolado, no descansó un momento: organizó reuniones públicas, pronunció discursos, escribió folletos. En tan corto tiempo, logró convertir el socialismo, difundido vagamente en las masas, en un partido político fuerte y numeroso. La muerte le atajó en su camino. Una cuestión de amores le movió á provocar un duelo en Agosto de mil ochocientos sesenta y cuatro: á los primeros disparos, herido por la bala de su adversario, cayó para no levantarse más. Tenía entonces treinta años. Es para sus parciales el Mesías del socialismo: en vida, le oían como un oráculo; después de muerto, consagraron á su memoria una especie de culto, mirándole como un semidios. Su fin trágico é inesperado causó profunda impresión; algunos dudaron de la certeza de su fallecimiento, y muchas gentes del pueblo creyeron y creen todavía que reaparecerá en su gloria, para dirigir la gran revolución y la reorganización de la sociedad.

Lassalle, con su estilo brillante, el vigor de su polémica, su elocuencia y su ascendiente personal, sacó al socialismo de la región de los ensueños filantrópicos y del fondo de los libros, poco leídos y no fáciles de entender, para lanzarlo á la palestra, armado de punta en blanco; pero realmente, no reveló ninguna verdad nueva, limitándose á vulgarizar conceptos y teorías que habían expuesto ya Luis Blanc, Proudhon y, sobre todo, Carlos Marx y Rodbertus-Jagetzow. Este último es el verdadero definidor del socialismo de Estado. Se le ha llamado el Ricardo del socialismo. Pensador solitario, Bismarck hizo su elogio en pleno parlamento, y su influencia ha sido extraordinaria, aunque su nombre no haya llegado á las muchedumbres. Entre las ideas de Lassalle y las suyas hay nume-

rosas semejanzas y, á veces, perfecta conformidad. Se considera á Rodbertus como conservador, y la razón se vé claramente en su correspondencia con Lassalle y en algunos fragmentos de sus cartas, que se han publicado. «Nuestra manera de comprender el derecho y la filosofía, escribe Rodbertus hablando de Lassalle, era parecida en cuanto no estimábamos agotada la sucesión de las formas sociales y políticas con el establecimiento del régimen constitucional ó del sistema representativo. Ambos estábamos convencidos de que, colocándose en el punto de vista de una filosofía del derecho más ideal y más rigurosa que la recibida actualmente, se descubren las imperfecciones de la propiedad, tal como ahora se aplica al suelo y á los capitales, y se vislumbra una forma de apropiación más pura, más equitativa, en cuya virtud la parte de cada uno sea proporcional al servicio prestado. En la práctica no pudimos enterarnos, añade Rodbertus. Lassalle, como se sabe, quería cambiar en poco tiempo la condición de los obreros, haciéndoles entrar en asociaciones de producción, creadas con el concurso del Estado. Yo, por mi parte, quería conservar el principio del salario, pero admitiendo la necesidad de una reforma emprendida por el Estado. Lassalle quería transformar al partido socialista en partido político, pidiendo el sufragio universal. Yo quería mantenerlo en el terreno exclusivamente económico y científico.» Uno de los puntos fundamentales en que hay completo acuerdo entre Lassalle y Rodbertus, es el relativo á la teoría del salario. Un esclavo antiguo, dice Rodbertus, era un capital de que se evaluaba el precio de compra, el interés anual y el sostenimiento permanente. Un trabajador moderno es un hombre libre que puede disponer, por contrato, de una mercancía, que es la fuerza de sus brazos; pero esta mercancía no se conserva, lo que coloca al obrero en situación muy desventajosa respecto al otro contratante. El capitalista puede esperar, y aun pocas veces tiene necesidad de hacerlo, porque de ordinario hay multitud de obreros que le ofrecen el mismo trabajo. Por más que el contrato sea libre en derecho, en la práctica las circunstancias lo desnaturalizan de hecho. El obrero, emancipado civilmente, vive en el terreno económico en la negación del derecho, como el esclavo; su trabajo no es la medida de su salario. El precio ínfimo de una mercancía lo determinan sus gastos de producción, que, para la fuerza de trabajo, consisten en la subsistencia del obrero. El patrono, si necesita un obrero, no puede ofrecerle menos del minimum indispensable para su sostenimiento; pero si tiene interés en subordinar la conservación de sus obreros á la producción de cualquier otra mercancía, los despedirá, entregándolos al hambre. Debemos advertir que el minimum de subsistencia no ha de entenderse en un sentido absoluto. Ricardo distinguía entre el minimum físico, indispensable para mantener la población, y el minimum moral, sin el que ésta no se decide á reproducirse. Rodbertus y Lassalle no niegan la exactitud de esta distinción. Ahora bien, dicho salario mínimo depende de los hábitos y costumbres; es relativo, uno en Inglaterra, otro en Rusia, diferente en cada país: Lassalle lo reconoce.